

## ENFERMOS TERMINALES

Se arrepintió Judas, el traidor, al ver que Jesús había sido condenado (Mt 27,3). Cambiaron de mentalidad acogiendo el evangelio incluso aquellos grupos de personas considerados irremediabilmente perdidos, como los publicanos y las prostitutas, pero la casta sacerdotal ni se arrepiente ni se convierte. Las autoridades religiosas, en efecto, son completamente refractarias al mensaje de Jesús. Aquella “buena noticia” que para otros ha sido fuente de vida, es para ellos una amenaza a sus privilegios y poder. Cuando Jesús, el “Dios con nosotros” (Mt 1,23), se dirige a los jerifaltes del pueblo, sus palabras no solo no son bienvenidas, sino que no hacen más que incrementar el odio homicida que les consume.

Esto mismo fue lo que sucedió la última vez que Jesús se dirigió a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo, los miembros del sanedrín, y osó llamar al santuario “una guarida de ladrones” (Mt 21,13). Furibundos, los jefes le interrogaron queriendo saber con qué autoridad actuaba, y Jesús, en un hábil movimiento, les puso contra las cuerdas, preguntándoles a su vez con qué autoridad había actuado Juan el Bautista. Jesús sabía que los dirigentes religiosos no podían responder: si decían que la autoridad de Juan procedía del cielo, les preguntaría de inmediato por qué no le habían creído. Si, por el contrario, respondían que el Bautista se había apoyado simplemente en su autoridad humana, tendrían que enfrentarse con el rechazo de las muchedumbres, que tenían a Juan por un profeta (Mt 21,23-27). Los jefes se encontraban ante un dilema: no podían responder porque lo que determinaba su actuar era el único dios que ellos adoraban, es decir, el tesoro del templo, el ídolo que había destronado al legítimo Señor de su propia casa, transformándola en una guarida de ladrones. El dios adorado por la casta sacerdotal se llama conveniencia, y todo lo que la misma hace y dice es solo en función de sus intereses y ganancia. Y es por ello, porque se dejan guiar solo por su propia conveniencia, por lo que los sacerdotes y ancianos no responden, ya que cualquier respuesta que dieran traería consecuencias dañinas para ellos.

Tampoco Jesús responde a su pregunta. Y pasa entonces a atacar a los dirigentes del pueblo, acosándolos con una parábola, breve pero implacable, que les obliga a expresarse y a poner al descubierto, de ese modo, su comportamiento.

En esta parábola Jesús presenta dos hijos que, al recibir la invitación de su padre a trabajar en la viña, responden de manera diferente. El primero, al principio, rechaza la propuesta, pero después se arrepiente y va. El segundo, complaciente y adulator, responde “¡Sí, Señor!”, pero después no va. ¿Cuál de los dos ha cumplido la voluntad del Padre?, pregunta Jesús a los mandamases. Y éstos responden “el primero” (Mt 21,31). Habría sido mejor para ellos quedarse callados también esta vez y decir simplemente “No lo sabemos” (Mt 21,27). De hecho, Jesús relaciona al primer hijo, el que se muestra reticente pero después se revela obediente, con la actitud de los publicanos y prostitutas que habían creído a Juan el Bautista, pero en la figura del segundo hijo, obediente solo con las palabras pero no con las obras, Jesús denuncia el comportamiento de las autoridades religiosas, de aquellos que honraban al Señor con los labios mientras su corazón permanecía lejos (Mt 15,8).

A los sumos sacerdotes y a los ancianos, que despreciaban a los publicanos y a las prostitutas, estratos sociales de pecadores considerados responsables del retraso en la

manifestación del reino de Dios, Jesús les advierte que aquellos no solo les han precedido, sino que han ocupado su puesto en el reino. Los pecadores, aun conduciendo una vida equivocada, han creído a Juan, a quien han reconocido como hombre de Dios, mientras que los jefes de la religión no lo han hecho así. El Señor ha podido recuperar las “ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mt 10,6), pero nada ha podido hacer con los pastores que se han descarriado, arrastrados por la devastadora deriva de su ambición y arrogancia, irremediamente alejados del pueblo que estaban llamados a servir. Las autoridades de la religión son enfermos terminales de poder, centrados únicamente en torno a sí mismos y a sus propios privilegios, para defender los cuales están dispuestos a todo, incluso a terminar con la vida del Hijo de Dios: “Éste es el heredero. Acabemos con él y su herencia será nuestra” (Mt 21,38).